

sólidos reformadores del método en teología y en filosofía; había creado el derecho natural y de gentes, y la filosofía del lenguaje; había derramado la luz del cristianismo hasta los últimos confines de la tierra, ganando para la civilización mucha más tierra que la que conocieron ó pudieron imaginar los antiguos; había descrito por primera vez la naturaleza americana; y había traído con Laguna, Villalobos, Mercado y Solano de Luque el bálsamo de vida y de salud para muchas dolencias humanas: cosas todas tan dignas, por lo ménos, de agradecimiento y de alabanza como el haber dado cuna á soñadores despiertos ó á audaces demoleedores del órden moral. «Vivimos en el siglo de los oráculos (dice Forner): la audaz y vana verbosidad de una tropa de sofistas ultramontanos, que han introducido el nuevo y cómodo arte de hablar de todo por su capricho, de tal suerte ha ganado la inclinación del servil rebaño de los escritores comunes, que apenas se ven ya sino infelices remedadores de aquella despótica revolucion con que, poco doctos en lo íntimo de las ciencias, hablaron de todas antojadizamente los Rousseau, los Voltaire y los Helvecios.... Tal es lo que hoy se llama filosofía: imperios, leyes, estatutos, religiones, ritos, dogmas, doctrinas.... son atropellados incicuamente en las sofisticas declamaciones de una turba, á quien, con descrédito de lo respetable del nombre, se aplica el de filósofos».

Para salvarse de tan espantosa anarquía y desbarajuste intelectual, Forner, enemigo jurado de los enciclopedistas, y asimismo poco satisfecho con el método cartesiano ni con el *optimismo* de Leibnitz, retrocede á Luis Vives y á Bacon, y encuentra en su crítica y en el método de inducción la piedra de todo conocimiento. «¿Qué saben todavía los filósofos del íntimo artificio de la naturaleza? sus principios constitutivos se esconden siempre en el pozo de Demócrito.... y no debe contarse por ciencia lo opinable, lo incierto, lo hipotético». El *ars nesciendi* es la gran sabiduría: ¡qué gran filósofo el filósofo de Valencia que le proclamó! El entusiasmo de Forner por él no tiene límites y estalla en apóstrofes elocuentes, no exentos de algun resabio de declamacion que recuerda los elogios de Thomas, entonces tan de moda, sobre todo el *Elogio de Descartes*. Así y todo, no se ha hecho de Luis Vives juicio mejor ni más sustancioso y nutrido que el que hace Forner: apenas tiene dos páginas, y hay en él todos los gérmenes de un libro.

No faltaron españoles que atacasen la *Oracion Apologética*, unos (los más) por torcida voluntad contra el autor, ó agriados con él

por anteriores polémicas, otros por espíritu enciclopedístico y aversión á las cosas de España. De estos últimos fué *El Censor* en su discurso 113, y de ellos tambien el autor anónimo de las *Cartas de un español residente en París á su hermano residente en Madrid, sobre la Oracion Apologética* (Madrid, 1788), opúsculo que se atribuye á uno de los Iriartes, consistiendo todo el nervio de su argumentacion contra España, en desestimar la teología y todas las ciencias eclesiásticas, la metafísica y cuanto Forner elogiaba, como *ciencias que no influyen derechamente en la prosperidad del Estado*, al revés de la *historia natural, la química, la mineralogía, la anatomía, la geografía y la veterinaria* que son, en concepto del anónimo impugnador (positivista rabioso), los únicos estudios serios. La cuestion del mérito literario de España, entonces como ahora, ocultaba diferencias más hondas, diferencias de doctrina, y era mucho más de lo que parece en la corteza. No es dado á ojos materialistas alcanzar el mérito de una civilización toda cristiana, desde la raíz hasta las hojas.

A ambos impugnadores satisfizo Forner, desenmascarándolos y yendo derechamente al fondo de la cuestion, así en un apéndice contra *El Censor*, unido á la *Oracion apologética*, como en otra réplica que llamó *Pasatiempo*. Hizo más: comprendió que era llegada la hora de atacar de frente á los maestros de la vergonzante impiedad de por acá, y publicó en 1787 sus *Discursos filosóficos sobre el hombre*<sup>1</sup>, donde hay que distinguir cuidadosamente dos partes: los *Discursos* mismos, que están en verso y vienen á constituir una especie de poema didáctico al modo del *Ensayo sobre el hombre* de Pope ó de la *Ley natural* de Voltaire, y las *Ilustraciones*, que son mucho más extensas, importantes y eruditas que los *Discursos*. Obra éstos de la primera juventud del autor, se resienten de dureza y sequedad más que todos sus restantes versos; el razonamiento ahoga y mata la espontaneidad lírica, como sucede en casi todos los poemas didácticos, género híbrido y desastroso; y es tal la aridez y falta de color poético de estos *Discursos* que semejan sediento páramo donde ni crece un arbusto ni se descubre un hilo de agua corriente. Con todo, en la dedicatoria al *varon virtuoso* y en otros pasajes, la firmeza de las ideas alienta y dá calor al estilo.

Aunque los *Discursos* y las *Ilustraciones*, como escritos en diversos tiempos, no forman cuerpo de doctrina, sino más bien una série de disertaciones sin más enlace que el propósito comun, todavía puede

<sup>1</sup> *Discursos Filosóficos sobre el hombre*: de D. Juan Pablo Forner. En Madrid, en la Imprenta Real, 1787. XVI más 398 páginas.

sacarse de ellos enlazada serie de proposiciones, que se dan mucho la mano con el sistema del *Orden esencial* de Perez y Lopez:

1.<sup>a</sup> El hombre, en cuanto racional, no entra en la ordenacion puramente física de la naturaleza material, sino que obra libremente y tiene un orden peculiar suyo, que consiste en la recta constitucion y ponderacion de sus facultades intelectuales y morales.

2.<sup>a</sup> El fin de las obras de este orden es Dios, y si Él no existiera, las obras humanas carecerian de finalidad, quedando baldíos, y frustrados en su incesante anhelo el entendimiento y la voluntad.

3.<sup>a</sup> El orden del universo tiene por finalidad el orden del hombre, pero el orden del hombre está corrompido, como lo prueba la rebeldia de las pasiones y el abuso de la voluntad.

4.<sup>a</sup> Para restituir el orden primitivo, la infinita bondad perfeccionó la ley natural con la religion revelada.

Las *Ilustraciones*, escritas con mucho brío como toda la prosa de Forner, son tesoro de erudicion filosófica, sobre todo de erudicion filosófica española. No sólo Luis Vives, principal maestro de Forner, sino Raimundo Lulio, Sabunde, Gomez Pereira y sus impugnadores, Francisco Vallés y muchos escolásticos vienen á corroborar sus opiniones, juntamente con los filósofos de la antigüedad, citados en sus originales griegos. Lo mismo se observa en otro excelente libro suyo, que tituló *Preservativo contra el ateísmo* (1795), donde recuerda y admirablemente expone la profunda doctrina del P. Gabriel Vazquez (reproducida luego por Leibnitz) acerca del *constitutivo esencial de la moralidad*, que radica *no en la voluntad divina, sino en la propia esencia de Dios*.

Era tal la aversion de Forner á la filosofía francesa, que llegó á trazar el croquis de un poema satírico en verso y prosa (especie de sátira *menipea*), burlándose del *Contrato social*, y más aún de las teorías de los condillaquistas sobre la palabra, y de aquel primitivo estado salvaje, en que el hombre, por no haber inventado todavía la palabra,

. . . . . Siendo racional no razonaba,  
Y con entendimiento no entendia,  
Que así su sér el hombre ejercitaba.  
Rousseau lo afirma, que lo vió, á fé mia,  
Y trató á dos salvajes que le hablaron,  
Aunque él dice que nadie hablar sabia.

¡Lástima que de este poema, tan en la cuerda del autor, no queden más que rasguños sueltos! Proponiase que el teatro de la fábula fuese una isla desierta, regida en paz y justicia por la ley natural, hasta que llegaban á ella, arrojados por una tempestad, vários filósofos y sábios que en poco tiempo la corrompian, perturbaban y hacian infeliz, con sus sistemas preñados de gérmenes de discordia <sup>1</sup>.

Tal fué este ingenio independiente y austero, tan enemigo de las utopias filosóficas como de las sociales, español de pura casta, en quien el espectáculo de la revolucion francesa y el dogma de la soberanía nacional y de la justicia revolucionaria no hicieron mella, sino para execrarlos en los viriles versos del canto de *La Paz*. Ya en 1795 vió proféticamente que el cesarismo era el término forzoso de la demagogia desbocada:

Libre llamas la tierra en sangre roja,  
Libre á tí porque matas, porque gimes;  
Buscas la libertad entre cenizas,  
Y libre tú á tí mismo te esclavizas.

Que no, no he visto el sol desde que ufano  
Los anchos horizontes pinta y dora,  
Un pueblo de sí mismo soberano,  
Aunque afecte potencia engañadora.  
No bien se ajusta á la inexperta mano  
Árduo timon de corpulenta prora,  
Fantástico poder tal vez le engrie  
Y ensalza á un Sila que le oprime y rie.

El *Sila* anunciado por nuestro poeta fué Napoleón.

La intolerancia oficial que habia atajado la voz del P. Ceballos, borró del canto de *La Paz* las octavas en que se aludia á la *infiel sofisteria*, y prohibió la representacion de una comedia de Forner, intitulada *El Ateísta*.

Quizá esta misma intolerancia fué causa de que no pasaran del cuarto tomo, con pérdida grande para nuestra ciencia, los *Desengaños Filosóficos* <sup>2</sup> del Dr. D. Vicente Fernandez Valcárcel (así se firma él, por más que la forma ordinaria del apellido sea Valcárcel), Cánónigo

<sup>1</sup> Vid. los retazos que quedan de este poema, en el tomo II de *Poetas líricos del siglo XVIII*, pág. 341.

<sup>2</sup> *Desengaños Filosóficos*, que en obsequio de la Verdad, de la Religion y de la Patria, dá al público el Doctor D. Vicente Fernandez Valcárcel, Cánónigo de la santa Iglesia de Palencia. Con il-

y luego Dean de la santa iglesia de Palencia, aunque el autor temiendo tal fracaso, había procurado escudarse con la protección de Floridablanca, dedicándole su libro, al modo que el P. Ceballos había dirigido el suyo á Campomanes, y Pereira su *Theodicea* al conde de Aranda. El Dr. Valcárcel no era ciertamente hombre de tan vária y clásica erudición como Forner, pero se había nutrido con la médula de león de la filosofía escolástica, y aunque escribía mal, pensaba con aplomo y firmeza, y en la disección de las opiniones contrarias era penetrante y sagacísimo. En alguna parte he leído que Valcárcel confundió á los antiescolásticos con los incrédulos. No hay tal confusion, sino que Valcárcel se remontó á la fuente y escondido manantial de las turbias aguas del enciclopedismo, y empezó por llamar á juicio y residencia á Descartes, y despues de él á Malebranche, á Locke y á Leibnitz. La originalidad de su libro estriba precisamente en la impugnacion de los principios cartesianos, donde descubre los opuestos gérmenes del idealismo y materialismo. No ha ido más lejos, ni ha visto más, ninguno de los restauradores modernos de la escolástica. Descartes (al decir del Dr. Valcárcel) sembró los gérmenes de toda duda con la suya metódica; abandonó el estudio de las causas finales, al mismo paso que con su *ocasionalismo* llenó el mundo de milagros; partió en dos el sér humano, y tuvo que recurrir á un prodigio continuo para explicar la armonía y operaciones del compuesto: con la doctrina de la subjetividad de las cualidades sensibles que atribuimos á la materia, abrió la puerta al idealismo de Berkeley y tuvo que recurrir á la certeza del testimonio divino para probar la existencia de los cuerpos; con negar el alma de las bestias y con hacer dependientes del mecanismo todas las acciones vitales, dió argumentos á los materialistas. El entimema claudica por su base ó es una petición de principio. Descartes confundió el sér con el conocer y el pensamiento con la esencia del alma, y esta confusion ha trascendido á toda su filosofía, dentro de la cual nadie probará con evidentes razones que el pensamiento y la materia extensa sean términos antitéticos, teniendo en esto Locke razon contra los cartesianos. Y no le pasma poco á Valcárcel que ensalce tanto el nombre de Descartes, como apóstol de nueva filosofía, los que no habian dejado en pié ni una sola palabra de su fisi-

cencia, en Madrid. Año de 1787. Por D. Blas Roman. Tomo I, págs. VI más 252.—Tomo II, 1788, XXVI más 608.—Tomo III, 1790, XXII más 524.—Tomo IV, 1797, XXIV más 523.

¡Qué abandono el de nuestro país! No existe ninguna biografía del Dr. Valcárcel, con haber sido uno de los pensadores más insignes del siglo XVIII, y hasta se ignoran su patria, el año de su nacimiento y el de su muerte.

ca y de su metafísica: contradiccion que aún dura, y que hace de la gloria de Descartes una gloria *negativa*, fundada sólo en el espíritu racionalista que informa lo que apenas puede llamarse su doctrina.

Pensador no ménos agudo y sutil se muestra el Dean de Palencia en la crítica del ontologismo iluminado de Malebranche (que él gradúa de hermano gemelo del espinosismo), y en la del sensualismo lockiano, que llama *superficial y vulgar* filosofía, que ronda el castillo de la metafísica y nunca llega á penetrar en él, porque ve sólo una partecilla del entendimiento humano y no se atreve á levantar los ojos de la tierra. El resto de los *Desengaños Filosóficos* se compone de disertaciones sueltas, ya sobre la tolerancia religiosa, ya sobre la distincion que pretenden establecer los nuevos filósofos, á modo de precaucion oratoria, entre la verdad teológica y la filosófica; ya sobre milagros y revelaciones, agüeros, profecias, artes divinatorias, éxtasis y raptos, posesion demoniaca y aparecidos, pluralidad de mundos, martirio voluntario, institutos monásticos, vida eremítica y solitaria, salvacion del alma del emperador Trajano é historia de los Siete Durmientes, todo ello muy á la larga, con hartas puerilidades, nímia credulidad y desórden inaudito, pero con chispazos de talento en medio de tan incongruente farrago. El autor tenia pésimo gusto; era de los que, para asentar verdades como el puño, ponen en escuadron tres ó cuatro testimonios de Marco Tulio, de Séneca ó de San Pablo, y además se habia propuesto hacer entrar á viva fuerza en su libro todo lo que sabia, siquiera fuese arrastrado por las grefias. Triste cosa es que tan á menudo anden divorciados el saber filosófico y la amenidad literaria; de donde resulta ser los filósofos hoscos é intratables, y los literatos insípidos y ayunos de ideas y de sustancia. Como quiera, haria muy señalado servicio el que quitase á los *Desengaños Filosóficos* esa corteza pedantesca, y reimprimiese, limpios de repeticiones y en órden ménos anárquico, los discursos puramente críticos y los que se refieren á la moral y al derecho de gentes, especialmente la impugnacion del sistema de Puffendorf. ¡Lástima que no llegase á publicar la disertacion sobre el *Método*, que tantas veces anuncia, y que hubiera sido una nueva *apología de la Escolástica!*

Suple en parte su falta, y aún no deja grandes deseos de leer otra, la que en seis gruesos volúmenes, trabajó, por los años de 1792, el franciscano Fr. Joseph de San Pedro de Alcántara Castro <sup>1</sup>, lector de

<sup>1</sup> *Apología de la Theología Escolástica. Obra póstuma del R. M. P. Fr. Joseph de Alcántara Castro, Lector de Theologia, Secretario general de la Orden de San Francisco, Provincial que fu*

Teología, y padre grave en su Orden, como que llegó á provincial y definidor general de ella. Su libro es uno de esos libros excelentes y llenos de sólida doctrina y de especies útiles, pero que es imposible leer seguidos sin un poderosísimo y áun heroico esfuerzo de voluntad. Eso sí: deja apurada la materia; pero su estilo mazorral, inculito y erizado de cardos, más que de un teólogo condecorado, parece de un zafío sayagüés, criado entre villanos de hacha y capellina. Quien lea con paciencia encontrará, como yo he encontrado, perlas en aquel fango, y frutos en aquel zarzal espesísimo, que recuerda los peores tiempos de la Escolástica, no sólo por la barbarie continua y el desaseo inaudito del estilo, sino por el menosprecio que el autor afecta de las letras humanas, de la filología oriental, de la física moderna y de todo estudio que salga fuera de los lindes del Peripato. Llevar la defensa á tales extremos era perniciosísimo, era dar la razón á todos los impugnadores de la Escolástica y atrasar la legítima reforma del método. El P. Castro probó, y probó muy bien y con erudición extraordinaria, que muchos escolásticos, así antiguos como modernos, habían sido peritísimos en las lenguas griega y hebrea. Pues si eso sabía, ¿por qué puso tanto conato en retraer de él á los teólogos de su tiempo, como cosa de mero lujo y no necesaria para la cabal inteligencia de las Escrituras? ¿Por qué reproduciendo añejas aprensiones del hipocondriaco Leon de Castro, mil veces refutadas por los hebraizantes, se obstinó en defender como probable que los judíos habían alterado los códices hebreos de la Escritura, en odio á Cristo, cuando precisamente la conservacion y trasmision inmaculada del Antiguo Testamento en la Sinagoga viene, por altísimos juicios de Dios, á corroborar la autoridad de los sagrados textos, convirtiendo á los judíos por tantas y tantas edades en bibliotecarios nuestros? ¿Á qué traer á cuento los puntos vocales de los Masorétas, como si implicasen corrupción ó mudanza en el texto? Y si los escolásticos, áun en los tiempos más ásperos é inculitos, leyeron con cuidadosa diligencia los Padres latinos y lo que alcanzaban de los griegos, para certificarse de la tradicion dogmática, ¿para qué apartar directa ó indirectamente de tan saludables y copiosos manantiales á los teólogos del siglo XVIII, que precisamente por las nuevas

de la de San Pablo, y electo Defuidor General por N. Santísimo P. Pio VI. Dedicada al Excelentísimo y Reverendísimo P. Fr. Joaquin Company, Ministro General de la misma Orden, á nombre de la provincia de S. Pablo, por su Secretario, Comisionado y Editor Fr. Bartholomé de las Llagas Astudillo, Lector de Theologia. Con licencia. Segovia: imprenta de Espinosa, 1796. Seis tomos en 4.º, el último se imprimió en 1797. Fué obra póstuma. El autor (cuyo retrato vá al frente) había fallecido en 8 de Marzo de 1792.

exigencias de la Patrística, de la Exégesis y de la Controversia, debían revolver con diurna y nocturna mano tales libros? Semejantes trabajos anacrónicos dañan más que aprovechan, y duele ver comprometida tan buena causa como la que emprendió defender el Padre Castro, y afeada tan enorme erudicion como la que rebosa en su ingente alegato, con tales resábios de goticismo y de rudeza. Así, escribiendo tan mal, aunque se supiese tanto, despreciando á carga cerrada los experimentos, la historia y las lenguas, y llamando, v. gr., *cosillas de modernos* al descubrimiento de la circulacion de la sangre, se atrasó hasta nuestros dias la reivindicacion de la Escolástica, se dejó cargarse de aparente razon á todos los que hablaban del *estírcol* y de la *hediondez* del Peripato, prevaleció el vulgar error de que los teólogos eran gente sin Escritura, sin Padres y sin Concilios, y por fin y postre de todo, la admirable y *única* ontología de los escolásticos, su cosmología, su lógica, su moral, toda aquella ciencia tan sólida y tan de veras, pero tan mal expuesta y tan mal defendida por apologistas como el P. Castro, se vió menospreciada y desierta, mientras que la juventud iba miserablemente á llenarse de vanidad y de ligereza sensualista en los compendios de Condillac y Destutt-Tracy, ó á aprender en Voltaire truhanerías y bufonadas. De esta manera vinieron á ser contraproductos muchos libros ó nacieron muertos, entre ellos la misma *Apología*, de que voy hablando, victoriosa, sin embargo, y contundente en casi todo lo que es filosofía pura, y monumento de inmenso saber y de labor hercúlea.

Entre estos atletas de la escolástica decadente ha de contarse en primer término, á par de Valcárcel y del P. Castro, al insigne tomista sevillano Fr. Francisco Alvarado, de la Orden de Santo Domingo, que años adelante alcanzó en la controversia política alto y no disputado renombre, llamándose en sus peleas con los constitucionales de Cádiz el *Filósofo Rancio*. Pero ya en su juventud, hácia 1787, había dado hermosa muestra de su ciencia filosófica y del gracejo de su estilo, en las *Cartas de Aristóteles*<sup>1</sup>, donde molió y trituró como cibera á los débiles partidarios que en Sevilla comenzaba á tener la

<sup>1</sup> *Cartas Filosóficas*, que bajo el supuesto nombre de Aristóteles escribió el Reverendísimo Padre Maestro Fr. Francisco Alvarado, conocido ya comunmente por el Filósofo Rancio, en las que demuestra la inuidencia y futilidad de la filosofía moderna para el conocimiento de la naturaleza, su oposicion con los dogmas de nuestra santa Religion, sus perniciosas doctrinas contra las buenas costumbres y su influencia en el trastorno de los Gobiernos legítimos. Las dá á luz..... el Reverendísimo Vicario General, del Orden de Santo Domingo, Con licencia. Madrid, imp. de E. Aguado, 1825.

Aunque impresas estas Cartas por primera vez en la fecha indicada, estaban escritas desde 1787. Son diez y nueve, pero el autor pensó escribir algunas más, que no parecen.

nueva filosofía ecléctico-sensualista del Genovesi y de Verney. Los nombres de estos adversarios del P. Alvarado no constan en sus cartas, y á la verdad poco se pierde, pues debían de ser hombres ignorantísimos, á juzgar por los enormes *lapsus*, no ya de filosofía, sino de latinidad elemental, en que los coge el *Filósofo Rancio*. ¡También era donosa idea la de los tales filósofos: clamar contra la barbarie de la escuela en un latin atestado de solecismos! Puede, con todo eso, rastreadse por algunos indicios que uno de esos novadores, el más conspicuo de ellos, era el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, famoso predicador á quien llamaban *Pico de oro*, frágil inquieto y revolvedor, que años despues aparece complicado en la conspiración del marino Malaspina y de la marquesa de Matallana contra el príncipe de la Paz.

Pero séanse los tales *Barbadinistas* quienes fueren, lo cierto es que en cabeza suya asestó el P. Alvarado golpes certeros y terribles al llamado *eclecticismo*, que venia á ser un *sensualismo* vergonzante; puso de manifiesto la inanidad de juicio propio y el ningun plan ni propósito con que, no ecléctica sino sincréticamente, se habian barajado en las lógicas de Genovesi y de Verney mil especies contradictorias, producto de vagas y no bien asimiladas lecturas: y cuán inútil empeño era querer sustituir ese confuso *miscuglio* de ideas cartesianas, baco-nistas, leibnicianas, malebranchianas y lockistas, hija cada cual de su padre y siempre mal avenidas, al fuerte y vividero organismo de la lógica de Aristóteles. El P. Alvarado escogió admirablemente los puntos de ataque, redujo al silencio á sus émulos desde las primeras cartas, volvió al redil tomista á mucha oveja descarriada, y se hizo leer hasta de los indiferentes, con chistes, cuentos y ocurrencias, en que, á su modo, solia ser felicísimo. Nadie le negará donaire, aunque no sea gracia ática y de la mejor ley, sino donaire entre frailluno y andaluz, algo chocarrero y no muy culto, desmesurado, sobre todo, hasta rayar en prolijidad y fastidio. Echar á puñados la sal nunca dá buena sazón á los manjares. Así y todo, en estas *Cartas aristotélicas* hay ménos desentonos chavacanos y ménos groserías de dicción que en las cartas políticas, y á veces la ironía es fina y de buen temple.

Por poco escolástico que uno sea, llega á dar involuntariamente la razon al P. Alvarado, en medio de su exclusivismo tomista, y áun al P. Castro, con su herrumbre escotista y todo, cuando se para en la mísera inopia de doctrina y de seso que caracteriza á los que por entonces se dieron á reformar la filosofía y los planes de en-

señanza. Ejemplo señaladísimo de ello es el *Ensayo de educación claustral*<sup>1</sup>, que en 1778 hizo salir de las prensas de Sancha un benedictino italiano, llamado D. Cesáreo Pozzi, Abad de la Congregación de Monte-Olivet, el cual se hacia llamar *Profesor de matemáticas en la Sapienza de Roma, Examinador de Obispos, Bibliotecario de la Biblioteca imperial, y correspondiente de las más célebres Academias de Europa*. Recibímosle muy bien por esa confiada y generosa propensión que tenemos los españoles de honrar á todo extranjero que llega á nuestro país con fama de letras, y él nos pagó el hospedaje, declamando largamente contra la barbarie de nuestros monjes, y trazando programas para reformarla. Afortunadamente le atajó los pasos el cosmógrafo mayor de Indias, y elegantísimo historiador de ellas, D. Juan Bautista Muñoz<sup>2</sup>, filósofo valenciano de la escuela de Piquer y consumado latinista, mostrando que el *Ensayo sobre la educación claustral* era un centon zurcido de remiendos de Bielefeld, D'Aguesseau, Mau-pertuis, Helvetius, Rousseau, Warburton, Locke, y de vários anónimos franceses que habian escrito de antropología y pedagogía, con sentido materialista y fatalista, por donde, sin quererlo ni saberlo el buen *examinador de Obispos*, sino sólo por empeño de parecer varon leido y muy de su siglo, habia llenado su libro de proposiciones heréticas, epicúreas y utilitarias. El efecto del *Juicio* de Muñoz fué admirable, tanto que el P. Pozzi, corrido y avergonzado, huyó de España<sup>3</sup>, y la Inquisición prohibió inmediatamente su libro.

No es de olvidar la parte que en este movimiento de resistencia tomaron algunos de los jesuitas deportados á Italia, aunque por no haber escrito generalmente en lengua castellana, sus obras fueron ménos conocidas aquí. El más infatigable de estos controversistas fué el P. Francisco Gustá, barcelonés, que tradujo al italiano el opúsculo de Muñoz contra Pozzi<sup>4</sup>, y un opúsculo francés rotulado *El testamento político de Voltaire*<sup>5</sup>, con muchas adiciones y escolios

<sup>1</sup> *Saggio di educazione claustrale per li giovani, che entrano nei Noviziati Religiosi, accomodato alli tempi presenti....* di D. Cesáreo Pozzi, Abate della Congregazione Benedettina di Monte Olivete, Professore di Matematica nella Università della Sapienza di Roma, Esaminatore dei Vasconi, Bibliotecario della Biblioteca Imperiale.... Con licenza de' Superiori. In Madrid. Nella Stamperia di D. Antonio de Sancha. Anno 1778. 4.<sup>o</sup>

<sup>2</sup> *Juicio del Tratado de Educacion, del M. R. D. Cestro Pozzi. Lo escribia por el honor de la literatura española D. Juan Bautista Muñoz, Cosmógrafo Mayor de Indias. Madrid, 1788. Por D. Joaquín Ibarra. 8.<sup>o</sup>, 153 págs.* Muñoz escribió además una oración latina *De recto philosophate recensita in Theologia* en Valencia. 1767.

<sup>3</sup> En Perpiñan publicó una réplica á Muñoz (1780) que no he llegado á ver.

<sup>4</sup> *Giudizio critico sul trattato di educazione Claustrale del R. P. Pozzi con aggiunte.* Florencia, 1780.

<sup>5</sup> Florencia, sin año.

de su cosecha, y escribió además originalmente muchas obras, ya contra los filósofos, ya contra los jansenistas, v. gr., las *Memorias de la revolución francesa*<sup>1</sup>, la *Influencia de los jansenistas en la revolución de Francia*<sup>2</sup>, los *Errores de Pedro Tamburini en sus prelecciones de ética cristiana*<sup>3</sup>, el *Espíritu del siglo XVIII*<sup>4</sup>, la *Respuesta a una cuestión sobre el juramento del clero francés*<sup>5</sup>, el *Antiguo proyecto de Bourg-Fontaine realizado por los modernos jansenistas*<sup>6</sup>, la *Respuesta de un párroco católico a las reflexiones democráticas del Dr. Juan Tuniati*<sup>7</sup>, la *Vida del marqués de Pombal*<sup>8</sup>, el *Ensayo crítico teológico sobre los catecismos modernos*<sup>9</sup> y otras muchas en que fustiga valientemente á los enemigos de la Compañía, mostrando la oculta conjuración de regalistas, port-royalistas é incrédulos contra la Iglesia: fenómeno histórico de que hoy nadie duda, aunque también sea cierto que muchos de los que á él contribuyeron lo hacían sin plena conciencia de la causa y de los resultados.

El mismo espíritu predomina en las *Causas de la revolución francesa* de Hervás y Panduro, encaminadas á demostrar que el menoscabo de la religión en Francia, comenzado por los sectarios de Port-Royal, y coronado por los enciclopedistas, y manifiesto en hechos como el de la expulsión de los jesuitas, había traído por consecuencia forzosa la ruina de aquella monarquía; porque nunca subsisten los imperios cuando flaquea ó queda vacilante el fundamento de la fé religiosa, y cuando penetra toda carne la lepra social del escepticismo.

<sup>1</sup> *Memorie della rivoluzione francese tanto politica che ecclesiastica, e della gran parte che vi anno avuto i Giansenisti*. Asis, 1793, por Octavio Sgariglia.

<sup>2</sup> Es la misma obra anterior, más correcta. Se imprimió en Ferrara.

<sup>3</sup> Poligno, por Tomassini, 1791, dos tomos, 8.<sup>o</sup>

<sup>4</sup> Ferrara, 1792.

<sup>5</sup> *Risposta al quesito, qual giudizio debba formarsi delle persone che in paesi cattolici vogliono sostenere il giuramento prescritto dall' assemblea nazionale di Francia*.

<sup>6</sup> Venecia, por Francisco Andréola, 1800 (juntamente con la obra anterior).

<sup>7</sup> Venecia, 1799.

<sup>8</sup> *Vita di Sebastiano Giuseppe di Carvalho e Melo, Marchese di Pombal, Conte di Oeyras, segretario di stato e primo ministro del Re di Portogallo D. Giuseppe I, 1781*, cuatro tomos, 8.<sup>o</sup>.

<sup>9</sup> Poligno, Tomassini, 1793.

El P. Gustá escribió además otras obras, cuyo catálogo puede verse en la *Biblioteca de escritores catalanes* de Torres Amat (pág. 303).

Otros jesuitas publicaron también excelentes libros en que, de propósito ó por incidencia, refutan alguna doctrina heterodoxa. Merecen citarse sobre todo el P. José Pons, que escribió *Dissertationes binæ de intima et naturali humanarum actionum ante omnem legem honestate atque inhonestate: necnon de inhonestarum actionum merito et imputabilitate ad poenam (Bononiæ, ex typographia S. Thomæ Aquinatis, 1780, 8.<sup>o</sup>)*, hermosa defensa de los principios católicos del derecho natural contra Puffendorf y Wolff; el P. Gallisá y Costa (catalán como el anterior) que dejó manuscritas unas *Observaciones sobre la Teodicea de Leibnitz*; el P. Meliá y Ribelles, que imprimió en Bolonia, en 1783, una vigorosa defensa del celibato eclesiástico, la cual inmediatamente se tradujo al castellano con el título de las *Excepciones de la virginidad eragónica*, en tres libros (Madrid, Benito Cano, 1790) y otros y otros de que dan cuenta la *Biblioteca jesuitica* de los PP. Backer y el *Suplemento*.

También el abate Masden, aunque claudicaba en el punto de regalías, fué anti-revolucionario fervoroso: así lo prueban su *Discurso al género humano contra la libertad é igualdad de la república francesa*, y sus *Cartas á un republicano de Roma sobre el juramento de dño á la monarquía*<sup>1</sup>.

En las obras de estos Padres de la Compañía, escritas en presencia de la inmensa hoguera que abrasaba á Francia, amenazando devorar el resto de Europa, la controversia descendiendo ya del terreno especulativo al de lo que llaman política palpitante, no de otra suerte que los apologistas anteriores habían ido pasando, conforme lo pedían los tiempos, de las cuestiones metafísicas y cosmogónicas á las cuestiones de Ética y de Derecho Natural, y de estas á las postreras aplicaciones del Derecho de gentes, reflejando fielmente en sus escritos todas las modificaciones y tormentas de la época. Así, v. gr., predomina el elemento político y anti-económico en el tratado de *La Monarquía*<sup>2</sup> que publicó en 1793 el arcediano de Segovia D. Clemente Peñalosa y Zúñiga, con pretensiones de imitar el *Espíritu de las leyes* en la disposición y en el modo, aunque el criterio sea muy distinto, y á decir verdad algo abigarrado y confuso, siendo de aplaudir en el autor más que otra cosa su buen deseo de apuntalar el antiguo edificio. Dice un laborioso historiador de la Economía Política que *La Monarquía de Peñalosa no estaría muy poblada de economistas*. Pequeño mal por cierto si estos habrían de ser como los que por antonomasia llamamos así en España.

Aunque los tratados apologeticos hasta aquí citados son los más notables bajo el aspecto científico y los más dignos de leerse, no fueron, con todo eso, los más populares y leídos por nuestros padres. Cupo tal honor á otros dos libros que podemos llamar de vulgarización amena, y que hoy mismo rara vez faltan en ninguna casa cristiana del antiguo régimen. Es el primero la *Armonía de la razón y de la religión*<sup>3</sup> ó diálogos sobre la Teología Natural, compuestos en len-

<sup>1</sup> Aunque escritas muchos años antes, no se publicaron estas obrillas hasta 1812 y 1814 en Valencia (Vid. Torres Amat, 403).

El libro de Hervás, mucho más conocido, se rotula *Causas de la revolución de Francia, y medios de que se han valido para efectuarla los enemigos de la religión y del Estado*. Madrid, 1807, dos tomos en 4.<sup>o</sup> (Sin nombre de impresor, pero se sabe que le publicó medio clandestinamente el librero Sojo, en las prensas de Villalpando ó de Benito Cano). Vid. la monografía de D. Fermín Caballero sobre la vida y escritos de Hervás (págs. 121 á 128), donde procura deshacer este embrollo bibliográfico.

<sup>2</sup> *La Monarquía*, por D. Clemente Peñalosa y Zúñiga Fernández de Velasco, Arcediano titular de la S. I. de Segovia, Caballero de la real y distinguida Orden española de Carlos III y de la Real Academia de San Fernando. Madrid, 1793, 8.<sup>o</sup> mayor.

<sup>3</sup> *Armonía de la razón y de la religión, ó Teología Natural*, obra escogida del P. D. Teodoro de Almeida, contra las absurdas opiniones de los filósofos del día. Este tratado particular sirve de

gua portuguesa por el P. Teodoro de Almeida, del Oratorio de San Felipe Neri de Lisboa, á quien no sin hipérbole han llamado el *Feijóo português*, escritor fecundísimo, fiel á la divisa de *instruir deleitando*, cuyas *Recreaciones filosóficas* contribuyeron, juntamente con el *Teatro crítico* y con el *Espectáculo de la naturaleza* del abate Pluche, y con las *Reflexiones filosóficas* de Sturm, á difundir entre los jóvenes y las mujeres y el vulgo no erudito de la Península, una noticia más ó ménos superficial, más ó ménos razonada, de los fenómenos naturales y de los adelantos de la física experimental. Por tal manera, el P. Almeida (hombre cándido, modesto y virtuosísimo) vino á lograr extraordinaria fama, multiplicándose enormemente las ediciones de sus obras, que le dan derecho á figurar entre los más beneméritos propagadores de la general cultura, si bien nunca pasa de exponer con elegante perspicuidad observaciones y noticias muy comunes. Era tal el prestigio de su nombre, que hasta una especie de novela que compuso, intitulada *El hombre feliz independiente del mundo y de la naturaleza*, alcanzó, por dos ó tres generaciones sucesivas, innumerables lectores (de fijo más que los que tenía Cervantes), y eso que á pesar de su moralidad acrisolada, es obra tan soñolienta, lánguida y sin gracia que, sólo atendida la penuria de novelas españolas en el siglo XVIII y primera mitad del XIX, llega uno á comprender cómo pudieron hincarle el diente ni las mismas contemporáneas de Richardson, habituadas á los innumerables volúmenes de la *Clarisa Harlowe* y de la *Pamela*.

En materias filosóficas, el P. Almeida, que comenzó á escribir en la primera mitad del siglo, y que hasta cierto punto hereda el impulso del P. Tosca y de Feijóo, propende al cartesianismo, y sigue á Descartes hasta en lo de negar el alma de los brutos. En los mismos diálogos de la *Armonía*, cuando trata de la distinción entre la materia y el espíritu, y de sus constitutivos esenciales, descubre huellas evidentes de las *Meditaciones* cartesianas. Por lo demás, la *Armonía* es una teodicea popular, fácil, agradable y sencilla, en que se prueban con los argumentos más acomodados á la general comprensión, la existencia de Dios, la ley natural, la espiritualidad é inmortalidad del alma, la necesidad de la revelacion y del culto, y los premios y castigos de la otra vida.

Todavía más famoso que el libro del P. Almeida fué el *Evangelio*

tomos IX, y es el complemento de la *Recreacion Filosófica*. Madrid, 1798, en la Imprenta de la Rifa del Real Estudio de Medicina Práctica. 8.º, 368 págs. sin las preliminares. Hay muchas ediciones, entre ellas una reciente de la *Libreria Religiosa* de Barcelona.

en *triumfo*, de Olavide <sup>1</sup>, que hoy mismo conserva nombradía muy superior á su mérito, por circunstancias no dependientes de éste. El autor era impío convertido, penitenciado por el Santo Oficio, espectador y víctima de la revolucion francesa. Sus extrañas fortunas hacían que unos le mirasen con asombro, otros con recelo, achacando el extraordinario y súbito cambio de sus ideas unos á propio interés y móviles mundanos, otros á la dura leccion del desengaño. Acertaban estos últimos, como luego lo mostró la vida penitente y austera de Olavide y su muerte cristianísima. Dios había visitado terriblemente aquella alma, que no se hubiera levantado sin un poderoso impulso de la gracia divina. Cada página del *Evangelio en triunfo*, libro por otra parte medianísimo, porque el talento del autor no alcanzaba á más, respira convicción y fé. Fué, sin duda, obra grata á los ojos de Dios, expiacion de anteriores extravíos, y buen ejemplo que, por lo ruidoso de quien le daba, hizo honda impresion en el ánimo de muchos, y trajo á puerto de salvacion á otros infelices como el autor. Así debe juzgarse el *Evangelio en triunfo*, más como acto piadoso que como libro. Es la abjuracion, la retractacion pública y brillante de un impío, la reparacion solemne de un pecado de escándalo. Todo esto vale harto más y es de más trascendencia social que hacer un buen libro. Imagínese el poder de tal ejemplo á fines del siglo XVIII, y cuán hondamente debió resonar en las almas esa voz que salía de las cárceles del Terror, adorando y bendiciendo lo que toda su vida había trabajado por destruir. El éxito fué inmenso: en un solo año se hicieron tres ediciones de los cuatro voluminosos tomos del *Evangelio en triunfo*.

Con todo eso la malicia de algunos espíritus suspicaces no dejó de cebarse en las intenciones del autor. Decían que exponía con mucha fuerza los argumentos de los incrédulos contra la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los libros santos, y que se mostraba frío y débil en la refutacion. Algo de verdad hay en esto, pero por una razon que fácilmente se alcanza: Olavide había vuelto sinceramente á la fé, pero con la fé no había adquirido la ciencia teológica ni el talento de escritor que nunca tuvo. Su lectura predilecta y continúa por la mayor parte de su vida habían sido los libros de Voltaire y de los enciclopedistas: aquello lo conocía bien, y estaba muy al tanto de todas las objeciones. Pero en teología católica

<sup>1</sup> El *Evangelio en triunfo*, ó *Historia de un filósofo convertido*. Tercera edicion.... En Valencia, en la imprenta de Joseph de Orga, año 1798. Cuatro tomos 4.º; el primero de XX más 416 págs.; el segundo de 432; el tercero de 404; el cuarto de 394.

y en filosofía claudicaba, porque jamás las había estudiado (como él mismo confiesa), ni leído apenas libro alguno que tratase de ellas. Así es que su instrucción dogmática, á pesar de las buenas lecturas en que se empeñó despues de su conversión, no pasaba de un nivel vulgarísimo, bueno para el simple creyente, pero no para el apolo-gista de la religión contra los incrédulos. Además, como su talento, aunque lúcido y despierto, no se alzaba mucho de la medianía, tampoco pudo suplir con él lo que de ciencia le faltaba; así que resultaron flojas algunas partes de su *Apología*, si bien, á fuerza de sinceridad y firmeza, y de ser tan burda la crítica religiosa de los volterrianos, fácilmente suele conseguir el triunfo.

Literariamente, el libro de Olavide vale poco y está escrito medio en francés (como era de recelar dadas sus lecturas favoritas y su larga residencia en París), no sólo atestado de galicismos de frases y giros, sino de rasgos enfáticos y declamatorios, de la peor escuela de entonces. El autor abusa de los recursos de sentimiento, cosa mala y ocasionada siempre, y más en una apología de la religión; así echó á perder Chateaubriand las suyas. Querer hacer cristianos por el sentimiento sólo, es el peor de todos los caminos. Es cosa demasiado movediza, inestable y femenil el sentimiento, y suele andar mezclado con harta liga, para que sobre él pueda fundarse una creencia robusta y estable. Cuando se dan por demostraciones dogmáticas lágrimas y sollozos, la conversión queda en el aire, si Dios no lo remedia. Debe el sentimiento concurrir con todas las facultades humanas á recibir la luz de la fé que le ilustre y purifique, pero no usurpar el puesto que se debe á otras potencias de órden más alto.

De este pecado no infrecuente en los apolo-gistas franceses, adolece mucho el libro de Olavide, donde la preparacion y demostracion evangélicas están ahogadas en una especie de novela lacrimatoria, que tiene cierto interés autobiográfico, pero que daña al valor absoluto y á la seriedad del libro. Olavide debió escoger entre escribir una defensa de la religión, ó escribir sus propias *Confesiones*. Prefirió mezclar ambas cosas, y resultó una produccion híbrida, de muy dudoso valer, y perteneciente á un género que pasó de moda.

¡Cuán fresca y hermosa juventud conserva, por el contrario, el *Tratado teórico-práctico de enseñanza*, que en las cárceles de Bellver compuso Jove-Llanos <sup>1</sup> para la Sociedad Económica Mallorquina!

<sup>1</sup> Véase en el tomo primero de sus *Obras*, (ed. de Rivadeneyra), págs. 230 á 267.

*Monumento insigne de pedagogía cristiana* se ha llamado y debe llamarse á este tratado, nunca más oportuno que en el día de hoy, cuando una pedagogía pedantesca é intuitiva aspira á crear la escuela sin Dios, para corromper desde la cuna á las generaciones futuras. Ya entonces apuntaba esa perversa tendencia, y Jove-Llanos acudió á neutralizarla, formando un plan en que el estudio de la religión y de la moral cristiana sigue y acompaña á los demás estudios en toda su duracion, y se enlaza y fortifica con todo género de ejercicios piadosos. Y al desarrollarle, si se quitan algunos resabios sensualistas (sobre los signos y el lenguaje) ó más bien tradicionalistas, con que forzosamente habia de imprimir su sello aquella edad, nada se hallará en Jove-Llanos que desdiga de la más acendrada enseñanza católica, sino antes bien récias inectivas contra las novisimas teorías de ética y derecho natural, que suponen y reconocen *derechos sin ley ó norma que los establezca, y leyes sin legislador*, sociedades sin jerarquía, y perfecciones sociales inasequibles. Ni le satisfacen las secas enseñanzas y las fastuosas virtudes de la moral pagana, ni puede resignarse á ver los preceptos éticos separados por un solo momento del Catecismo. «Quisiéramos (dice) que la enseñanza de las virtudes morales se perfeccionase con esta luz divina, que sobre sus principios derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual ninguna regla de conducta será constante, ninguna virtud verdadera y digna de un cristiano» <sup>1</sup>.

También la poesía contribuyó á esta obra de resistencia ortodoxa, por boca del mismo Jove-Llanos, de Forner y de algunos otros. ¿Qué son las epístolas á *Bermudo* y á *Posidonio*, sino elocuentes manifiestos contra la falsa filosofía y contra la embriaguez y vanagloria de la ciencia humana?

Con menos fortuna, porque su talento era exíguo, pero con buen deseo lidiaron en el mismo palenque vários poetas mediocres y justamente olvidados, incapaces de resistir el empuje de la musa heterodoxa de Quintana. Sólo por lo honrado de su propósito puede hacerse memoria del beneficiado de Carmona, D. Cándido María Trigueros, escritor laboriosísimo y que tuvo todas las ambiciones li-

<sup>1</sup> Aunque Jove-Llanos no fué nunca del bando de los enciclopedistas, no puede negarse que en los años posteriores á su deportacion se aclararon y rectificaron muchos sus ideas; no era ya el hombre que en el *Reglamento para el Colegio de Calatava* recomendaba sin reparos el Van-Espen y el *Curso teológico lugdunense*. También en cuanto al valor de la razon modificó mucho sus opiniones; en el *Reglamento* dice que la *razon pura y despreocupada es la única fuente de la ética y del derecho natural*, y en el *Tratado teórico-práctico* la llama *oscura y flaca*, y restringe cuanto puede su esfera de accion.



terarias, nunca ó rara vez coronadas por el éxito, pero sí acerbamente vapuleadas por el irascible Forner. Trigueros es autor de *El poeta filósofo ó poesías filosóficas en verso pentámetro*, cuyos asuntos son, entre otros *El hombre*, *La desesperación*, *La falsa libertad ó el libertinismo*<sup>1</sup>. No puede darse cosa más abominable y prosáica: los llamados *pentámetros* son alejandrinos pareados á la francesa. ¡ Gran progreso hacer retroceder nuestra métrica á la *quaderna vía* de Gonzalo de Berceo, y al martilleo acomasado del *mester de clerecía*! Por entonces nadie siguió á Trigueros, pero como no hay extravagancia que no tenga eco, las parejas de alejandrinos han resucitado en nuestros días por torpe imitación francesa, sobre todo en Portugal, donde Antonio Feliciano del Castilho y su hijo y sus amigos los han vuelto á poner en moda.

Además de Trigueros, un D. José Calvo de Irizabal, capitán de navío, escribió cierto *Poema en defensa de la religión*, que se conserva manuscrito entre los papeles de Jove-Llanos<sup>2</sup>, y que si no por el vigor poético, se distingue á lo ménos por la violencia asperísima.

Más digna de recuerdo es *La Galiada ó Francia revuelta*<sup>3</sup>, que compuso el célebre sainetista gaditano D. Juan Gonzalez del Castillo, rival en su género de D. Ramon de la Cruz, y maestro de Bolh de Faber. En su tiempo pasaba por republicano, y sin duda para sincerarse escribió *La Galiada*, que así y todo pareció á muchos un modo indirecto de esparcir las mismas doctrinas que fingía anatematizar. El héroe de *La Galiada* es Mirabeau, á quien se le aparecen las furias por la noche, conforme á la maquinaria de la epopeya clásica. Bastarán los dos primeros versos para dar idea del increíble y chistoso prosaismo con que está escrita:

Hay en Italia un sitio (segun dicen)  
Que los griegos llamaban el *Averno*  
.....

El autor era hombre de bien, y no se atreve á asegurar que haya tal sitio, sino sólo que lo dicen.

<sup>1</sup> *El Poeta Filósofo, ó Poesías Filosóficas en verso pentámetro. Las dá á luz, por amistad que profesa á su autor, D. Juan Nepomuceno Gonzalez de Leon, Académico del número de la Real de Buenas Letras de Sevilla. Sevilla, año de 1774. En la imprenta de Manuel Nicolas Vazquez. 4.º*

<sup>2</sup> Hoy los posee el Marqués de Pidal.

<sup>3</sup> Está en el tomo II de sus Obras (Sainetes de D. Juan del Castillo con un discurso sobre este género de composiciones, por D. Adolfo de Castro. Cádiz, imp. de la «Revista Médica»..... 1816), páginas 267 á 282.

Y sin embargo, Castillo era poeta, no sólo cómico, sino lírico, aunque desigual é incorrectísimo, y buena prueba es de ello, así como de la sinceridad de sus sentimientos antirevolucionarios, su valiente é inspirada, aunque algo declamatoria, *Elegía á la injusta cuanto dolorosísima muerte de la constante heroína María Antonia de Lorena, reina de Francia, víctima inmolada en las aras de la impiedad, del fanatismo y de la anarquía*. Hay algo allí que no es poesía de escuela y que sale del alma y retrata fielmente la generosa indignación que se apoderó de todos los ánimos nobles, ante las iniquidades del tribunal revolucionario, afrenta del humano linaje:

Si, porque de otro modo, ¿cómo hubieran  
Puesto esos monstruos sus nefarias manos  
En su reina infeliz? ¿cómo pudieran  
Marchitar ¡oh gran Dios! esos tiranos  
Aquella rosa, honor del galo suelo,  
Aquella estrella de su antiguo cielo?  
..... Alma crueles,  
¿Es esa á quien ceñisteis la corona?  
¿Á esos pies ofrecisteis los laureles?  
¿Quién hizo á una gavilla de asesinos  
Árbitros de la ley, jueces del trono?  
¿Quién creó un tribunal de libertinos  
Dó vota la impiedad, dicta el encono?  
.....

En otros géneros de amena literatura se distinguieron por la pureza del sentido moral algunos escritores valencianos, especialmente el jesuita D. Juan Bautista Colomé, que escribió en lengua francesa un diálogo lucianesco (imitación de la *Almoneda de vidas* del satírico de Samosata), con el título de *Les Philosophes al encanti* (los filósofos en pública subasta)<sup>1</sup>, sátira más ingeniosa que amarga, de los sistemas del siglo XVIII, y el franciscano Fr. Vicente Martínez Colomer, autor de varias novelas morales del género del P. Almeida y Montengón, entre las cuales recuerdo el *Valdemaro* y el *Impío por vanidad*. Y es digno de apuntarse aquí, por lo extraño del caso, que á este fráile tan católico se debió la primera traducción del

<sup>1</sup> La primera ed. es de Parma, 1793, 8.º, imp. de Carmiñani; la segunda lleva la falsa data de Cosmopoli, 1796. Se tradujo al castellano (Madrid, 1819, 8.º) con el mismo título *Los filósofos en el encanto* (sic).

René de Chateaubriand, padre y dogmatizador de toda una literatura pesimista y mal sana, de misántropos *no comprendidos*.

Cerremos este cuadro de la literatura católica y apologética del siglo XVIII (hoy sepultada en densas nieblas por el ódio de los sectarios, como lo está la del XIX), trayendo á la memoria los nombres de algunos oradores sagrados que difundieron por todos los ámbitos de la Península la luz de la cristiana enseñanza, y acosaron sin tregua al renovado anticristianismo de Celso, de Porfirio y de Juliano. Pongamos, ante todos, á Fr. Diego de Cádiz, misionero capuchino (1743-1801), y varon verdaderamente apostólico, cuyo proceso de beatificación está muy adelantado. Él fué en un siglo increíble algo de lo que habían sido San Vicente Ferrer en el siglo XV, y el venerable Juan de Ávila, apóstol de Andalucía, en el XVI. Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha sonado en los ámbitos de España. Los sermones y pláticas suyas que hoy leemos son letra muerta y no dan idea del maravilloso efecto, que no bajo las bóvedas de una iglesia, sino á la luz del medio día, en una plaza pública ó en un campo inmenso, ante treinta mil ó más espectadores, porque las ciudades se despoblaban y corrían en turbas á recibir de sus lábios la divina palabra, producía con estilo vulgar, con frase desaseada, pero radiante de interna luz y calentada de interno fuego, aquel varon extraordinario, en quien todo predicaba, su voz de trueno, el extraño resplandor de sus ojos, su barba blanca como la nieve, su hábito, y su cuerpo amojamado y seco. ¿Qué le importaban á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?

Para juzgar de los portentosos frutos de aquella elocuencia, que fueron tales como no los vió nunca el *ágora* de Atenas, ni el foro de Roma ni el Parlamento inglés, basta acudir á la memoria y á la tradición de los ancianos. Ellos nos dirán que á la voz de Fr. Diego de Cádiz (á quien atribuyen hasta dón de lenguas) se llenaban los confesionarios, soltaba ó devolvía el bandido su presa, rompía el adúltero los lazos de la carne, abominaba el blasfemo su prevaricación antigua, y diez mil oyentes rompían á un tiempo en lágrimas y sollozos. Quintana le oyó y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro, segun cuentan los que le conocieron. Y otro literato del mismo tiempo, académico ya difunto, hijo de Cádiz como Fr. Diego, pero nada sospechoso de parcialidad porque fué volteriano empedernido, traductor en sus mocedades del *Ensayo* del baron de Holbach *sobre las preocupaciones*, y hombre que

en su edad madura *no juraba ni por Roma ni por Ginebra*, D. José Joaquín de Mora, en fin, ensalzaba en estos términos la elocuencia del nuevo apóstol de Andalucía:

Yo ví aquel fervoroso capuchino,  
Timbre de Cádiz, que con voz sonora,  
Al blasfemo, al ladrón, al asesino  
Fulminaba sentencia aterradora.  
Vió en sus miradas resplandor divino  
Con que angustiaba al alma pecadora,  
Y diez mil compungidos penitentes  
Estallaron en lágrimas ardientes.

Le ví clamar perdon al trono augustó,  
Gritando humilde: «No lo merecemos»,  
Y temblaban cual leve flor de arbusto  
Ladrones, asesinos y blasfemos:  
Y no reinaban más que horror y susto  
De la anchurosa plaza en los extremos,  
Y en la escena que fué de impuro gozo  
Sólo se oía un trémulo sollozo <sup>1</sup>.

Orador más popular, en todos los sentidos de la palabra, nunca le hubo, y aún puede decirse que Fr. Diego de Cádiz era en todo un hombre del pueblo, así en sus sermones como en sus versos, digno de haber nacido en el siglo XIII y de haber andado entre los primeros hermanos de San Francisco.

Con el P. Cádiz compartió la gloria de misionero, y le excedió mucho como escritor, porque era hombre más culto y literato, el capuchino Fr. Miguel Suarez, honra de esta ciudad de Santander, donde tuvo su cuna y de la cual tomó el apellido de religion. Su fama no ha llegado á nosotros tan intacta como la del P. Cádiz. Á Fr. Miguel de Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza, protegido del Arzobispo Arce y afrancesado luego por flaqueza ó por voluntad, le perjudicaron sobre manera las vicisitudes políticas de los tiempos, y con ser él hombre de vida irreprochable y austérrima,

<sup>1</sup> *Poesías de D. José Joaquín de Mora, individuo de número de la Real Academia Española.* (Madrid, Mellado, 1853; pág. 531.) Falta una biografía completa de Fr. Diego de Cádiz. Véase, entre tanto, la que se titula *El Misionero Capuchino, compendio histórico de la Vida del venerable siervo de Dios, el M. R. P. Fr. Diego de Cádiz..... por el P. Fr. Serafín de Hardeles..... Real plaza de Leon, por D. Miguel Segovia. Año de 1840.* (En 4.º)

El P. Cádiz murió del vómito negro en Ronda el 24 de Marzo de 1801.

vióse objeto de tremendas acusaciones de traición, de las cuales se defendió muy mal <sup>1</sup>.

Juzgar al P. Santander como orador sagrado es empresa larga y no para este lugar. Quedan de él hasta once tomos de sermones entre dogmáticos, morales y panegíricos, y ejercicios de sacerdotes, y pláticas para religiosas, con otros opúsculos de ménos cuenta, que por mucho tiempo han sido arsenal de los predicadores españoles. El primer tomo de este inmenso repertorio está destinado á probar contra los incrédulos la divinidad de la religion de Jesu-Cristo, asunto nuevo en la oratoria sagrada española, cuando el autor escribía y predicaba. Son materia de estos sermones (mucho más doctrinales que oratorios, y semejantes á los que hoy se llaman en Francia *conferencias*) la existencia de Dios, la necesidad de la religion revelada, la divinidad de la religion católica, la autenticidad, verdad y divinidad de los Evangelios, la certidumbre de las profecías y de los milagros, la inmortalidad del alma, el pecado original y las causas y pretextos de la incredulidad. El tono es templado y de enseñanza, aunque no faltan felices movimientos oratorios <sup>2</sup>. El P. Santander escribía punto por punto sus sermones antes de predicarlos; de aquí que se eche de ménos en ellos el calor y la vida que

<sup>1</sup> Vid. (aunque más valiera que tales papeles hubiesen desaparecido de la haz de la tierra) *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traidores refugiados en Francia; Respuesta de Fr. Manuel Martínez, Mercenario Calzado, á la carta que desde Montpellier le escribió el Ilmo. Sr. Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza, y el Apéndice á la representación que D. Francisco Amorós, *sósi disant*, consejero de Estado español, dirige á S. M. el Rey D. Fernando VII.* (Madrid, en la imprenta Real, año de 1815.)

—*Apuntaciones para la Apología Journal de la conducta religiosa y política del Ilustrísimo Sr. D. Fr. Miguel Suarez de Santander; Respuesta de este Ilustre Prelado á otra muy irreverente y calumniosa que le escribió e imprimió en Madrid, en el año de 1815, el P. Fr. Manuel Martínez, Mercenario Calzado.* Año de 1817 (sin lugar; pero sé que se imprimió en Burdeos).

El P. Santander (á quien los franceses nombraron Obispo de Huesca y Arzobispo de Sevilla) murió en Santa Cruz de Igüña el 2 de Marzo de 1831. Los que le recuerdan se hacen lenguas de su extraordinaria virtud. Puede leerse una breve biografía de él en el tomo LI de la *España Sagrada* (págs. 17 á 20) que acaba de publicar la Real Academia de la Historia.

<sup>2</sup> *Sermones dogmáticos que escribió el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Santander, del consejo de S. M., Obispo amonense, Auxiliar, Gobernador y Visitador general del Arzobispado de Zaragoza. Para instrucción de los felices y conversión de los incrédulos.* Tomo primero (y único). Madrid, en la imprenta de D. José del Collado, año de 1805.

Escribió además *Doctrinas y sermones para misión*.... (Madrid, imp. de Collado, 1808: en ejemplar que tengo á la vista hay tomos de 1803, imprenta del real *arbitrio de Beneficencia*, lo cual prueba que algunos se reimprimieron varias veces; son cinco en todo).

—*Sermones panegíricos de varios misterios, festividades y Santos.* (Madrid, imprentas de Vilalpando y de la Viuda de Aznar, 1814; tercera edición.) Dos tomos.

—*Ejercicios espirituales para los Sacerdotes*.... Tercera edición. (Madrid, imp. de Collado, 1814.) Dos tomos.

—*Ejercicios espirituales para las religiosas.* (Madrid, por D. Francisco Martínez Dávila, 1814.) A todo esto debe agregarse un tomo de *Cartas familiares y Opúsculos en prosa y verso* que no he llegado á ver.

sólo comunica la improvisación. Viven más como depósito de doctrina que como monumento de elocuencia.

También deben mencionarse, como protestas y gritos de alarma contra la creciente incredulidad, algunas pastorales de Obispos, entre ellas las singularísimas del venerable Prelado de Santander, D. Rafael Tomás Menendez de Luearca, portento de caridad, padre de los pobres y bienhechor grande de la tierra montañesa, digno de buena memoria en todo, ménos en sus escritos, que son (así los prosáicos como los poéticos) absolutamente ilegibles. A tal punto llega lo estafalarío, macarrónico y gerundiano de su estilo, que yo mismo, con ser montañés, y preciarne de impertérrito leyente, nunca he podido llegar al cabo, ni puedo dar razón, sino de algunas páginas saltadas. Los títulos mismos bastan para hacer retroceder al más arrojado. *Remedio ígneo, fumigatorio, fulminante*, se rotula una de estas pastorales. Años adelante, y creciendo en él con la vejez el mal gusto, escribió un enorme poema filosófico, que debió constar de siete volúmenes, pero que afortunadamente quedó reducido á dos <sup>1</sup>. Viene á ser una refutación de las teorías enciclopédicas, pero no se publicó hasta 1814, y por consiguiente no entra en el período que historiamos. La portada tiene cincuenta renglones: baste el principio: *El recíproco sin y con de Dios y de los Hombres, buscado por medio de aloguios al mismo Dios..... y reconocido del propio modo en lo que son el Sumo Sér y los otros séres, especialmente el Hombre..... con los mejores arbitrios de pasar desde nuestro Todo-nada (nada doble) al que hemos de ser Nada-Todo* <sup>2</sup>. Cualquiera diría que este título y el poema entero habían salido de la pluma de Sanz del Río ó de D. Nicolás Salmeron.

<sup>1</sup> *El Reino de Dios y su Justicia.... exhortacion que el Obispo de Santander hacia á sus diócesanos.... sobre guerrear, fuertes en la fé, las Guerras del Señor, contra sus enemigos los franceses libres.* Año de 1794.

—*Mentidos arbitrios de felicidad preconizados por el gobierno español á fines del último reinado.*

—*Remedio fumigatorio, ígneo, fulminante, extremo, que el Obispo de Santander procura.... á los que hay en España enfermos, pestíferos, moribundos, víctimas de la infernal filosofía voltariana.*

Algunos de estos escritos se hallan reproducidos en los *Opúsculos Cristiano-patrios*.... del Obispo de Santander. (La Coruña, 1812.) Cuatro tomos en 4.<sup>o</sup>, cuya foliatura y señas bibliográficas son embrolladísimas.

<sup>2</sup> Santander, imprentas de Mendoza y Riesgo.